



VERDAD Y ANUNCIO DE LA FE

Año IV, Nº 15, 24 de enero de 2010



EVANGELIO DE LA SEMANA

Lucas 1, 1-4; 4, 14-21

Muchos han tratado de relatar ordenadamente los acontecimientos que se cumplieron entre nosotros, tal como nos fueron transmitidos por aquellos que han sido desde el comienzo testigos oculares y servidores de la Palabra. Por eso, después de informarme cuidadosamente de todo desde los orígenes, yo también he decidido escribir para ti, excelentísimo Teófilo, un relato ordenado, a fin de que conozcas bien la solidez de las enseñanzas que has recibido.

En aquel tiempo, Jesús volvió a Galilea con del poder el Espíritu y su fama se extendió en toda la región. Enseñaba en las sinagogas y todos lo alababan.

Jesús fue a Nazaret, donde se había criado; el sábado entró como de costumbre en la sinagoga y se levantó para hacer la lectura. Le presentaron el libro del profeta Isaías y, abriéndolo, encontró el pasaje donde estaba escrito:

"El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha consagrado por la unción. El me envió a llevar la Buena Noticia a los pobres, a anunciar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, a dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor".

Y, enrollando el libro, lo devolvió al ayudante y se sentó. Todos en la sinagoga tenían los ojos fijos en él. Él empezó diciéndoles:

- "Hoy se ha cumplido este pasaje de la Escritura que acabáis de oír".

ESTA SEMANA:

TESTIMONIO: "Mi tiempo se ha hecho tiempo de Dios".

CONFIRMAR LA FE: Semana de oración por la unidad de los cristianos.

TESTIMONIO

"MI TIEMPO SE HA HECHO TIEMPO DE DIOS"

Andrés Domínguez falleció el 21 de septiembre de 1996 en el Hospital Insular de Las Palmas de Gran Canaria. Las líneas que siguen fueron escritas por Andrés unos meses antes de su muerte.



"Todo empezó por unos análisis para desechar algún tipo de afección reumática, pero que dieron como resultado una placa en la que se apreciaba una masa extraña en el pulmón derecho. Desde ese día 21 de diciembre todo fue buscar a ese "alien", escáner, resonancias magnéticas, punciones, broncoscopios, análisis y más análisis...

El médico confirmó por fin el diagnóstico: se trataba de un cáncer. Había que operar cuanto antes. Pero antes tenía que pasar por el oncólogo y de nuevo la sorpresa: lo que parecía una simple lesión de columna, tipo hernia disca, resultó ser un tumor metastasiado del principal, que me estaba carcomiendo la vértebra.

En prácticamente un mes había pasado de unos posibles dolores reumáticos, que aconsejaron los análisis iniciales, a enfrentarme con el cáncer en su nivel más grave.

La primera reacción fue bastante humana: perplejidad y miedo. Mucho miedo a que confirmara lo peor.

En los ratos a solas en la capilla del hospital le pedí al Señor, muchas veces entre lágrimas, que "pasara de mí este cáliz". Pero poco a poco se fue serenando el ánimo y reconciliando el espíritu. Hubo un momento, que coincidió con el diagnóstico definitivo sobre la gravedad del tumor, en el que la cercanía de Dios se hizo más manifiesta. Recordé muchas veces durante aquellos días el diálogo de Jesús con Nicodemo: "Tienes que nacer de nuevo", tienes que aceptar la nueva situación que a partir de ahora va a condicionar tu vida.

Mi tiempo se ha hecho tiempo de Dios, de tal manera que los acontecimientos que antes me preocupaban han pasado en muchos casos a ocupar lugares secundarios. Tiempo nuevo en el que la oración se hace súplica con el crucifijo entre las manos. Cristo próximo, amoroso, solidario en mi debilidad y

acompañante en los caminos aún por recorrer. El tiempo se acorta. No sabes ni el día ni la hora; pero sabes que el Señor está ahí porque quiere que vivas, que luches, que te ilusiones, que crezcas y ayudes a crecer a otros.”

CONFIRMAR LA FE

LA META DESEADA

¿Cómo sería el mundo si se aplicaran plenamente las ideas y directrices del Concilio Vaticano II? El papa Juan XXIII quiso que el Concilio fuera “ecuménico” y que promoviera la unión de todos los cristianos y de todos los hombres. Promover la restauración de la unidad es lo que pretende el documento *Unitatis redintegratio*, en el que se nos señala la ruta a seguir para llegar a esa meta deseada. Para ello, hemos de llegar a conocernos y querernos, y orar mucho y muy intensamente, solos y juntos. Sin la conversión sincera, imposible llegar a la unión, al perdón y al abrazo fraterno, a aceptar lo que nos une y dejar de lado con todo respeto lo que nos separa y distingue, y nos podremos sentar a la misma mesa para compartir el pan de la unidad y el cáliz de salvación.

SEMANA DE ORACIÓN POR LA UNIDAD DE LOS CRISTIANOS

Por nuestro bautismo, formamos un único cuerpo y estamos llamados a vivir en comunión. Dios nos ha hecho hermanos y hermanas en Jesucristo. ¿No es éste el testimonio fundamental que debemos presentar? ¿Cómo hacer comprender al mundo la reconciliación ofrecida en Jesucristo si los mismos bautizados pueden ignorarse o combatirse? ¿Cómo los grupos cristianos que viven en la hostilidad mutua pueden -de manera creíble- predicar a un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo?

El movimiento ecuménico nos ofrece para una meditación serena, pero consecuente, el discurso de Jesús antes de su muerte; en él Jesús



destaca la importancia de la unidad de los discípulos de Cristo para la misión: **“Que todos sean uno... para que el mundo crea”** (Jn17, 21).

Y en su último discurso, antes de su Ascensión, el propio Jesús resucitado nos recuerda y reta a todos los cristianos el auténtico compromiso ecuménico: **“Estaba escrito que el Mesías tenía que morir y que resucitaría al tercer día; y también que en su nombre se ha de proclamar a todas las naciones, comenzando desde Jerusalén, un mensaje de conversión y de perdón de los pecados. Vosotros sois testigos de todas estas cosas”** (Lc 24, 46-48).

El Consejo Pontificio para la promoción de la unidad de los cristianos nos invita, a lo largo de esta Semana de oración por la unidad cristiana 2010, a meditar sobre todo el conjunto del capítulo 24 del Evangelio de Lucas. Las mujeres asustadas junto a la tumba, los dos discípulos desalentados camino de Emaús, o también los once apóstoles que han vivido el temor y la duda, todos los que se encuentran con Cristo resucitado son enviados en misión: **“Vosotros sois testigos de todas estas cosas”**. Esta misión eclesial confiada por Cristo no se la pueda apropiarse nadie. Es la comunidad de los que han sido reconciliados con Dios, y Dios puede testimoniar la verdad del poder salvador ofrecido en Jesucristo.

El testimonio de María Magdalena, de Pedro o de los dos discípulos de Emaús puede no ser idéntico, pero, es la victoria de Jesús sobre la muerte en la que todos sitúan el centro de su testimonio. En lo que tiene de único para cada uno de ellos, el encuentro personal con el Resucitado cambió radicalmente su vida y una misma evidencia se impone para ellos: por todo eso, debemos ser testigos. Su relato tendrá acentos diferentes, y a veces las disensiones mismas pueden nacer entre ellos, lo que requiere la fidelidad a Cristo, y por ello todos trabajarán por el anuncio de la Buena Noticia.

Oración

Dios de amor, nos has mostrado tu hospitalidad en Cristo. Reconocemos que es compartiendo nuestros dones con los otros como te encontramos a ti. Danos la gracia de estar unidos cuando caminamos juntos y de reconocerte en cada uno de nosotros. Acogiendo al extranjero en tu nombre, haz que demos testimonio de tu hospitalidad y de tu justicia.